

contrar entre el enjambre abigarrado de ramerías que entonan lascivas canciones, el cuerpo redimible de una nueva María Magdalena.

Silencio, tristeza, amor, rebeldía, inquietud, son los signos y símbolos de este libro coloreado de sencilla emoción. La rebeldía que el poeta exalta en "Inquietud"; el afán de no privarse de una sola de las suaves caricias terrenales, aun a costa de perder un estado de gloria en las celestes regiones divinas; el anhelo de amar violentamente, bebiendo los placeres ante el altar perfumado de Afrodita, tórnase en "Letanía" en una dulce aspiración de mejoramiento espiritual y amor a Dios y a la vida:

quiero la fe ciega, Señor, en el cielo.

Quiero ser humilde como un campesino
que sabe que todo es humano y divino;

que desdeña dudas y filosofías,
panes que prepara Luzbel estos días,

para los que presos de algún espejismo
se juegan el alma por un silogismo.

Y así todo el libro: poesía pura... amor a la Verdad... pasión de poeta...

El verso está modelado con notable desembarazo, y el sentimiento invade el alma del lector con la misma celeridad del círculo, que producido por una gota de agua al caer en el estanque, se expande rápidamente sobre la diáfana lámina de cristal.—*Santiago J. Pastorino.*

Uno... dos... tres... Cuentos, por CARLOS ALBERTO SILVA.

La nueva sensibilidad, como fenómeno psicológico, podrá ser más o menos repudiada por el moralista, que cree ver en sus consecuencias éticas algún peligro para el orden consagrado de las relaciones humanas. Y acaso aquél tenga razón; pero deberá reconocer que sí tal hecho existe y no es mera ilusión, el triunfo será en definitiva de lo nuevo, en proporción al grado de realidad que circule por sus arterias, sin que en ello influya lo que la fantasía locamente forzada pueda agregar de desconcertante, porque siendo esto último labor de pura imaginación excitada es de suyo estéril y transitoria.

En lo que a literatura se refiere, puede decirse otro tanto. Por lo pronto, ya es dado ver a representantes de escuelas entroncadas en la vieja cultura, que se asoman aunque recelosamente a este nuevo mundo de sensaciones e imágenes, a veces

inverosímiles, que exhiben las nuevas generaciones de escritores; y no son pocos los que ven con simpatía estas exteriorizaciones de vidas nuevas según nuevas fórmulas de comunicación literaria, con las justas reservas que suscitan necesariamente la virulencia y la extravagancia con que se anuncia la extrema izquierda de la escuela.

Y en verdad se debe confesar que el arte literario está recibiendo un aporte valioso de esta briosa generación, debido al acendrado gusto por las finezas sensitivas y las consiguientes sutilezas de la imaginación, y esa arrogancia individualista que a veces no se puede tomar en serio:

Es una tarde hecha
para, etc.
soñar con Laura Laplante
y poner moños al recuerdo,

pero que en muchas ocasiones acierta y nos brinda imágenes preñadas de vida, y tan comunicativas que parecen insustituibles:

Al penetrar Alejandro al dormitorio, encontró a su mujer sentada en el lecho, con los brazos en jarra y *dos signos de interrogación en las órbitas*.

Mas, el tiempo dirá hasta qué punto es posible dislocar impunemente lo real y lo ideal, y unir los contrarios so pretexto de crear nuevas conexiones sensitivas o de afirmar la existencia de insospechados géneros de sensaciones específicas.

El libro *Uno, dos, tres*, de donde hemos tomado la precedente transcripción en prosa, nos salva de los recelos que pudiéramos tener acerca de su autor por saberlo militante en las vanguardias literarias. Es una reunión de cuentos que desde las primeras páginas revela a un prosista ágil, bien posesionado de la expresión, conocedor y respetuoso de la gramática.

En estas doscientas páginas abunda el epíteto inesperado y pintoresco y la gracia del símil ingenioso, hallado muchas veces entre las cosas más familiares y modestas pero artísticamente metamorfoseadas por la oportunidad y el lugar en que el autor las introduce.

El estilo es nervioso, la cláusula breve, fugaz, muchas veces sin verbos, y en ocasiones no hace más que apuntar la idea como si el autor sintiera urgencia por tocar el fin de la aventura. Las páginas trasuntan tal displicencia, tal desapego hacia los personajes — hombres y mujeres — que pasan por ellas, que el todo deja la impresión de cosas creadas sin esfuerzo o sentidas muy a flor de piel.

Los asuntos tratados por el señor Silva tienen, casi sin excepción, un denominador común: el adulterio de la mujer,

complicado alguna vez con el adulterio del marido. El título del libro, el inocente *Uno, dos, tres..*, denuncia el contenido.

Dentro del escepticismo sensualista en que viven casi todos los tipos de esta obra, no pocas veces se siente la satisfacción de dar con diálogos ligeros, desenfadados y chispeantes, que definen con trazos seguros e ingeniosos el cinismo de los personajes; pero echamos de menos cualquier impresión de naturaleza, siempre olvidada por el artista, pues si bien nos traslada al océano en "El perfil de camafeo", nada importa el mar ante esas piruetas que frente a la dama bañista realiza el conquistador despechado, "con la misma indiferencia de un elefante de circo".

En general, los cuentos del señor Silva son divertidos. Alguno grotesco, debido acaso a una terminación desacertada, como "Deslealtad"; otros crueles, como "Ladrones" y "Una venganza florentina"; y los hay palmariamente artificiosos, como "Coincidencia".

Como impresión final, afirmamos que el señor Silva habría realizado un libro equilibrado artísticamente, si lo convencional del plan premeditado le hubiera permitido tratar otros aspectos de la vida, donde acaso mejor ubicado para la observación directa y la introspección, habría obtenido argumentos y detalles dignos, por su calor de vida intensamente observada, de presentarse bajo las valiosas cualidades de estilo que hacen el mayor mérito de la obra comentada.—L. M.